



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO *ÁNGELUS* Plaza de San Pedro

Domingo, 4 de noviembre de 2018 [\[Multimedia\]](#)

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el centro del Evangelio de este domingo (cf. *Marcos* 12, 28b-34), está el mandamiento del amor: amor a Dios y amor al prójimo. Un escriba preguntó a Jesús: «¿Cuál es el primero de todos los mandamientos?» (v. 28). Él responde citando la profesión de fe con la que cada israelita abre y cierra su día y que empieza con las palabras «Escucha, Israel. Yahveh nuestro Dios es el único Yahveh» (*Deuteronomio* 6, 4). De este modo Israel custodia su fe en la realidad fundamental de todo su credo: existe un solo Señor y ese Señor es «nuestro» en el sentido de que está vinculado a nosotros con un pacto indisoluble, nos ha amado, nos ama y nos amará por siempre. De esta fuente, de este amor de Dios, se deriva para nosotros el doble mandamiento: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas [...] Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (vv. 30-31).

Eligiendo estas dos Palabras dirigidas por Dios a su pueblo y poniéndolas juntas, Jesús enseñó una vez para siempre que el amor por Dios y el amor por el prójimo son inseparables, es más, se sustentan el uno al otro. Incluso si se colocan en secuencia, son las dos caras de una única moneda: vividos juntos son la verdadera fuerza del creyente,

Amar a Dios es vivir de Él y para Él, por aquello que Él es y por lo que Él hace. Y nuestro Dios es donación sin reservas, es perdón sin límites, es relación que promueve y hace crecer. Por eso, amar a Dios quiere decir invertir cada día nuestras energías para ser sus colaboradores en el servicio sin reservas a nuestro prójimo, en buscar perdonar sin límites y en cultivar relaciones de comunión y de fraternidad. El evangelista Marcos no se preocupa en especificar quién es el prójimo porque el prójimo es la persona que encuentro en el camino, durante mi jornada. No se trata de preseleccionar a mi prójimo, eso no es cristiano. Pienso que mi prójimo es aquel que he preseleccionado: no, esto no es cristiano, es pagano. Se trata de tener ojos para verlo y corazón para querer su bien. Si nos ejercitamos para ver con la mirada de Jesús, podremos estar siempre a la escucha y cerca de quien tiene necesidad. Las necesidades del prójimo reclaman

ciertamente respuestas eficaces, pero primero exigen compartir.

Con una imagen podemos decir que el hambriento necesita no solo un plato de comida sino también una sonrisa, ser escuchado y también una oración, tal vez hecha juntos. El Evangelio de hoy nos invita a todos nosotros a proyectarse no solo hacia las urgencias de los hermanos más pobres, sino sobre todo a estar atentos a su necesidad de cercanía fraterna, de sentido de la vida, de ternura. Esto interpela a nuestras comunidades cristianas: se trata de evitar el riesgo de ser comunidades que viven de muchas iniciativas pero de pocas relaciones; el riesgo de comunidades «estaciones de servicio», pero de poca compañía en el sentido pleno y cristiano de este término.

Dios, que es amor, nos ha creado por amor y para que podamos amar a los otros permaneciendo unidos a Él. Sería ilusorio pretender amar al prójimo sin amar a Dios y sería también ilusorio pretender amar a Dios sin amar al prójimo. Las dos dimensiones, por Dios y por el prójimo, en su unidad caracterizan al discípulo de Cristo. Que la Virgen María nos ayude a acoger y testimoniar en la vida de todos los días esta luminosa enseñanza.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

Expreso mi dolor por el ataque terrorista que afectó a la Iglesia copta-ortodoxa en Egipto hace dos días. Rezo por las víctimas, peregrinos asesinados por el solo hecho de ser cristianos, y le pido a María Santísima que consuele a las familias y a toda la comunidad. Oremos juntos a la Virgen: Dios te salve, María...

Ayer, en la Basílica de San Juan de Letrán, se proclamó a la Beata Madre Clelia Merloni, fundadora de las Hermanas Apóstoles del Sagrado Corazón de Jesús, una mujer totalmente abandonada a la voluntad de Dios, celante en la caridad, paciente en la adversidad y heroica en el perdón. Demos gracias a Dios por el luminoso testimonio del Evangelio de la nueva Beata y sigamos su ejemplo de bondad y misericordia. Un aplauso para la nueva Beata.

Os saludo a todos, romanos y peregrinos, especialmente a los estudiantes de Viena, a los jóvenes de la «Obra Giorgio La Pira» de Florencia, a las familias jóvenes de Raldon (Verona), a los fieles de Milán, Petosino, Civitanova Marche, de la diócesis de Ozieri, al Oratorio di Carugate, a los chicos de la confirmación de Longare y Módena.

Os deseo un buen domingo. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta

pronto.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana